

CANDELA YATCHE

bellamente



Una novela para **DECONSTRUIR**

los estereotipos de **BELLEZA**

CANDELA YATCHE

bellamente

Una novela para **DECONSTRUIR**
los estereotipos de **BELLEZA**

 Planeta





Zoe llega dormida a la escuela escuchando música como todos los días. Por lo general, elige una lista de canciones tranquilas para ir despertándose de a poco.

En la puerta del colegio hay una rondita de chicas fumando antes de entrar a clase y algunos alumnos de segundo jugando con el celular. Cuando Zoe cruza la entrada, empieza a sentir que la están mirando; eso la pone un poco nerviosa y se acomoda el pelo. Sube las escaleras hasta el tercer piso, donde están las divisiones de quinto año. Llega un poco agitada y camina hasta la última puerta azul, la de su división, quinto año A. Entra al aula, ve que sus cuatro mejores amigas de toda la vida están en el fondo charlando en ronda y camina para sumarse. Se saca los auriculares y escucha:

—¿Te llegaron las fotos que están circulando de

Micaela? –le pregunta una amiga excitada por ver si Zoe está al tanto de la primicia del momento.

–¿Qué fotos? ¡No vi nada! ¿Me las mostrás? –Zoe contesta sorprendida mientras deja la mochila en una de las sillas.

Una de las amigas le acerca el celular y le muestra tres fotos de Micaela, una chica de cuarto año. En las imágenes se la puede ver posando completamente desnuda frente al espejo.

–¡¡¡Ay no!!! ¡Qué horror! ¿De dónde salió esto? –grita Zoe.

–¡La tiene todo el colegio!

–Pero ¿quién la difundió? –pregunta Zoe.

–Para mí, fue Joaquín, ¿viste que estaban de novios y cortaron hace poco porque ella estuvo con otro chico mientras él estaba de viaje? Dicen que él empezó a *likear* fotos de las chicas de segundo año porque se quiere chapar a las pendejas para darle celos a Micaela. Bah, yo no lo vi, pero escuché decir eso a las amigas de mi hermana el otro día cuando estaban en mi casa, y si lo dicen es porque es verdad. Si no, ¿para qué lo van a decir? –cuenta Florencia, que siempre está al tanto de todo.

–¿Decís que él se vengó? –pregunta Zoe anonadada.

–Sí o sí –afirma Flor.

–Pobre, igual, ¿no? –comenta Tami, que se queda pensando en lo que le puede estar pasando a Micaela.

–Sí, pero es una boluda, no da sacarse fotos así. Está re loca –dice Zoe con cara de indignación.

–¡Mal! Encima se viralizaron y todo el mundo está diciendo que sin ropa es más fea.

–La verdad es que yo también pensé que tenía mejor cuerpo... Y encima no está depilada –dice Marina con tono despectivo.

–¡Ay sí! Además, en esta foto se le ven todas las estrías que tiene en la partecita del costado de la pierna –dice una de las amigas, señalando una de las imágenes en la que está Micaela de perfil.

–Me muero, ¡qué impresión! –dice Flor y pone cara de asco.

–¿Vino al colegio hoy? –pregunta Tami.

–Ni idea. Yo si fuera ella no aparezco nunca más –comenta Florencia cerrando la conversación. Acaba de entrar la profesora y está por arrancar la clase.





Después del colegio, Zoe llega a su casa, un chalet de dos pisos con ladrillo a la vista ubicado en la zona más linda de Belgrano R. Está terminando la tarde, y hace calor. Abre la puerta y camina hacia la cocina en busca de un vaso de agua. Encuentra sobre la mesada una bolsita de almendras, que seguramente compró su mamá para que haya colaciones saludables en la casa. Agarra un puñado y se las mete en la boca. Mientras termina de masticarlas, toma agua fría de la heladera. Sube a su cuarto, se saca las zapatillas con una mano y con la otra tira la mochila a un lado.

Aterrizo en la cama, y suspira. La puerta se entreabre despacio y entra Tony, su perro, moviendo la cola. Es un Golden que vive con la familia de Zoe desde que tiene tres meses. Ella ama acariciarlo, es su mejor compañía en los momentos en que siente que

no podría hablar con ninguna persona. Las paredes blancas del cuarto de Zoe están cubiertas de pósters de su último show con *Adoleciendo*, la telenovela en la que trabaja desde hace dos años, y un par de mandalas que pintó el último verano con una de sus primas. En la mesita de luz, a la derecha de la cama, hay un portarretratos donde se la ve con sus amigas de siempre un día de sol en una pileta. A la izquierda de la cama, hay un mini escritorio blanco y una silla fucsia de terciopelo, donde Zoe amontona la ropa que levanta del piso de madera cuando la mamá se queja del desorden de su cuarto.

Abraza los almohadones al mismo tiempo que empieza a parpadear en cámara lenta. Cansada, abre y cierra los ojos, cada vez más lento. Se siente aliviada de que por fin tiene un momento para estar sola, hasta que escucha la voz de su madre:

—¡Zoe! ¿Estás ahí? ¡Vení!

—¿Qué pasa?

—Es importante, ¡vení! —insiste la mamá.

Zoe se resigna y va hacia el cuarto de los padres.

—Qué bueno que llegaste, chiquita —le dice la mamá con los ojos brillosos—. No sé si estás preparada para lo que tengo para contarte.

—Hola, ma. —Pone la mejilla y la saluda—. ¿Qué pasa?

–A ver, te doy pistas. ¡Ay! Es que no sé si lo vas a sacar –dice la madre haciéndose la misteriosa.

–Dale, mamá, decime.

–Estoy muy emocionada con lo que estás creciendo, no dejás de sorprenderme.

–Mamá, ¿me vas a decir? Si no me voy a mi cuarto, estoy muerta, me estaba por dormir –contesta Zoe, al borde de perder la paciencia.

–Zoe, ivos, Solana y Jazmín van a ser las nuevas caras de Coquetitas! –anuncia la mamá entusiasmada.

–¿Cómo las nuevas caras? No entiendo.

–¡Van a ser las modelos! ¡Ya hablé con la marca! ¡Quieren promocionar sus productos con las tres protagonistas de *Adoleciendo*! –dice la mamá y profundiza su sonrisa–. Al principio, cuando me llamaron, no lo podía creer. Bah, ino lo puedo creer todavía! Te felicito, mi amor.

Zoe se queda en silencio, sorprendida por la novedad, va a modelar con sus compañeras para una marca de ropa interior. Su mirada se dirige al suelo.

–¿Qué pasa, nena, no estás contenta? ¿No vas a decir nada? Imaginate una gigantografía de ustedes tres por la calle. ¡Qué emoción! –le dice la madre, con cara de feliz cumpleaños.

A Zoe no le salen las palabras, empieza a caminar hacia su cuarto.

–¡Pará, nena! –la frena–, el jueves tenés la primera sesión de cama solar. Van a hacerte tres de diez minutos. Me pidieron que te mande para que arranques así te queda parejo en todo el cuerpo y llegás bien a las fotos, si no vas a estar más blanca que una pared.

–No, mamá, el jueves después de grabar vamos al cine con las chicas –contesta Zoe, negándose a cancelar el plan con sus amigas.

–¿No qué? Tenés que ir. Es un compromiso.

La cara de Zoe empieza a prenderse fuego.

–Qué desagradecida –continúa la madre cada vez más enojada ante el silencio de su hija–. Todas quisieran estar en tu lugar. No puedo creerlo, estoy indignada.

–No entendés nada, mamá. Sos lo peor que le pasó al planeta.

–Sos lo peor que le pasó al planeta –repite la mamá en tono de burla–. Tené cuidado en cómo me hablás, eh. Maleducada. Andá, volvé con las ideas acomodadas.

Zoe se encierra en su cuarto dando un portazo, otra vez no puede decidir nada. De la bronca casi choca con el espejo. Se mira. Sus ojos hacen un recorrido desde su pelo largo color miel hasta las puntas de los dedos finitos de los pies, como si fuese un

scanner que va detectando todo lo que le parece una imperfección de su cuerpo.

Tiene el pelo despeinado, un poco por las actividades del día y otro poco por la agitación de la pelea con su mamá. Los ojos verdes parece que lanzaran llamas; igual es lo que más le gusta de su cuerpo. Las mejillas no tanto, le parece que están demasiado redondas, y a sus orejas, que las llama «Dumbo», le gusta cubrirlas con mechones de pelo. Después se mira de perfil y siente una puntada de angustia, mete panza absorbiendo el aire que la rodea.

«¿Cómo estaré para la sesión de fotos?», se pregunta.